

Enrique Espinoza

Alone



AJO este adverbio inglés hecho nombre propio, que quiere decir “solo” en nuestro idioma, oculta su identidad el crítico chileno Hernán Díaz Arrieta, de pura formación francesa. Nacido en Santiago, en 1891, año del levantamiento conservador contra Balmaceda, Díaz Arrieta pertenece por el lado paterno a una vieja familia castellana, y por el materno, a esa casta orgullosa de sus erres, que tanto atruena con su nacionalismo racista.

Tímidamente, con algo así como un anagrama de sus apellidos, publica en 1912 *Prosa y Verso*, en compañía de su amigo Jorge Hübner, de indudable ascendencia germánica. En seguida, solo ya, toma la senda del latinista Emilio Vaïsse, que firmaba hebraicamente Omer Emeth una crítica semanal en “El Mercurio”.

Como no es el hábito el que hace al monje, Alone ocuparía después en el mismio diario el lugar de aquel Groussac de sotana.

Entretanto, como aprendiz de periodista, prueba fortuna en “La Unión” de Valparaíso, cuya secretaría ejerce un tiempo.

Al término de la primera gran guerra, su seudónimo halla insólito renombre a la cabeza de *La Sombra Inquieta*, homenaje póstumo a su hada madrina, muerta en el desprecio más injusto de una clase que a sí misma se dice alta.

La incertidumbre religiosa de Shade fué lo que, según Alone, “provocó un silencio lleno de murmuraciones” en torno de su romance... afrancesado. Pero el público arrebató entusiasta la primera edición del libro; y una segunda, reprodujo a los pocos meses cuanto se había dicho a favor y en contra de la extraña novela. Desde un tríptico en verso de Gabriela Mistral, hasta un articulejo excesivamente prosaico del padre Oscar Larson, pasando por un ensayo interesantísimo debido a Eduardo Barrios.



Todo en *La Sombra Inquieta* fué para su artífice, al comienzo, “Historia verdadera”; mas en una edición definitiva, omite aquel prefacio, aceptando sólo en el epílogo, su carácter de novela de clave. ¿No lograron, acaso, algunos de sus personajes secundarios primacía en la diplomacia y el gobierno de Chile?

A la postre, Alone parece dispuesto a revelar los nombres auténticos; pero a nadie interesa ya identificarlos. El mismo testimonio del biógrafo apenas se salva del olvido por su *amor intellectualis*.

Una cita precisa de Sainte-Beuve y el recuerdo sintomático de Rodó iluminan mejor que muchas digresiones crespusculares los caracteres tan distintos de la “heroína de Fogazzaro” y de su amigo “vestido de negro”.

El crítico en ciernes, que desde muy joven ensayábase para un “combate ignorado”, comprende de pronto “que su vocación no era un don gratuito para dispensarlo en vanidades y futilidades, sino una severa e imperiosa misión”.

Por este atisbo extraordinario, aquel episodio de la vida intelectual chilena del novecientos merece un sitio en sus letras junto a la “Colonia tolstoiana”, de feliz memoria, y al grupo inolvidable de “Los diez”.

* * *

Tras *La Sombra Inquieta* vuelve Alone al trabajo periodístico hasta regularizarlo en una crónica semanal de "La Nación" santiaguina. Domingo a domingo, durante varios lustros, enjuicia los libros chilenos, hispanoamericanos y extranjeros que llegan a su poder.

Sin apartarse demasiado de Omer Emeth, supéralo, sin embargo, poco a poco en sus limitaciones. El criollismo en boga no le parece un *desideratum* y polemiza directa e indirectamente con el más conspicuo de sus corifeos. No siempre convence. Destaca y estimula, eso sí, cualquier obra que revela talento, inventiva, estilo. Hace justicia en grande a Gabriela Mistral por *Desolación* y a Marta Brunet por *Montaña Adentro*. Prologa *Vidas Mínimas*, de González Vera, y *Lanchas en la Bahía*, de Manuel Rojas. Contribuye a sacar de la imprenta *Crespuculario*, de Pablo Neruda: "El poeta no sólo entre los cuatro, sino entre los diez y los diez mil".

Con todo, vive aislándose, lejos de los cenáculos mapochinos, al menos de los de café, receloso de su independencia, más de una vez comprometida por el halago y la lisonja. En este aislamiento relativo encuentra el clima propicio para realizar una vastísima obra, equivalente a un volumen por año.

* * *

Imposible, desde luego, asentir a todo lo que Alone aprueba o rechaza en sus crónicas literarias; pero es necesario reconocerle buen gusto, sutileza, penetración y elegancia. Es cierto, algunas veces luce con exceso de coquetería el punto aparte tras una frase corta y hasta después de una sola palabra. Mas no es nunca enfático y generalmente deja en la memoria del lector un rasgo imprevisto que se queda por su *esprit*.

Comentando el obsequio de unas gallinas que hace un perio-

dista uruguayo al autor de *Hermano Asno*, acuña en 1926 el siguiente varapalo: "No hay seguramente en Chile y tal vez en América un escritor tan liso en la superficie y tan caracoleado en el fondo como Eduardo Barrios".

Podría intentarse todo un libro de Alone con salidas por el estilo, extraídas de sus artículos. Pero él prefirió hacer en 1930 un *Portales íntimo* con fragmentos del ministro pelucón, "que intervino en la cosa pública como un dueño de casa en su servidumbre" (sic).

Sobre su propia abstinencia biblógena dice algo cuyo recuerdo vale la pena: "Varias veces tuvimos el propósito de reunir algunas de las crónicas literarias que venimos publicando desde hace veinte años; pero siempre al iniciar la indispensable revisión, pensamos que la tarea no exigía prisa, y, luego, que se podía dejar para después".

Empero, el escueto *Panorama de la literatura chilena contemporánea* que redacta para el Ministerio de Educación aquel mismo año, es extendido por el editor Nascimento hasta las ciento ochenta páginas. De haber hecho seguir cada "miniatura" de un trozo selecto, el volumen habríase inflado sin necesidad de recurrir al cuerpo catorce o dieciocho.

Un libro verdaderamente antológico es el que Alone forma con las mejores páginas de Marcel Proust, precediéndolas de un ensayo lleno de observaciones felices. También publica una selección poética chilena y traduce al castellano: *El baile del Conde Orgel*, de Raymond Radiguet y *Ariel o la Vida de Shelley*, de Maurois. Por aquel tiempo empieza con paciencia una biografía original de don Andrés Bello, de la que anticipa un capítulo en Santiago y otro en México; pero no la continúa porque pronto lo absorbe un extenso estudio sobre don Alberto Blest Gana, que premia la Universidad de Chile.

Hay dos Alberto Blest Gana en su opinión: "uno el individuo, y otro el artista público". Naturalmente, tal dualismo perjudica el retrato del hombre, reduciéndolo a las primeras cien páginas de las

trescientas que abultan el libro con la maquinaria erudita final y el Apéndice. Pero aquellas cien páginas iniciales son indudablemente las más notables que se han escrito acerca del fundador de la novela social hispanoamericana.

Hernán Díaz Arrieta contradice acertadamente su propio punto de partida cuando vincula las habilidades tácticas aprendidas por el novelista chileno en la Escuela Militar, a la pericia con que dispone los planes de sus aventuras imaginarias. Lástima que considere la entrega del converso a su arte sólo "uno de los tres pasos decisivos de Blest Gana". Los otros dos son: su retiro del ejército y su... casamiento.

En rigor, diríase que da menos por el hombre que por su obra dentro de una determinada escuela literaria. Invariablemente, lo aprueba en la realista, y lo condena en la romántica. Con todo, habla del "romance imperecedero" de Jorge Isaacs.



Alguien ha observado que la anatomía presupone antes que nada el cadáver. En el caso de Blest Gana, el rapsoda de *La Sombra Inquieta* no inicia el proceso del gran trasplantado hasta dejarlo en un cementerio de París. Pero la misma carrera del viejo diplomático, tan minuciosamente seguida en su aspecto mundano, tiene hondas raíces en la formación del escritor. De Santiago se lleva Blest Gana los apuntes de su novela máxima: *Durante la Reconquista*, lo mismo que los recuerdos infantiles que pinta en *El Loco Estero*. Si Alone hubiera enfocado al creador de *Martín Rivas* como un todo inseparable, su *Don Alberto* valdría con letra derecha no menos que con letra cursiva... El hombre tanto como el literato.

En la segunda parte señala el crítico los orígenes del género novelesco en Francia, para concluir: "En América, Honorato de Balzac tuvo un hijo directo, de filiación indiscutible, declarada por el propio interesado". Es mucho.

Que Balzac ejerció influencia sobre Blest Gana, resulta eviden-

te; pero de ahí no se deduce que sea su hijo legítimo, aunque jurase un día emular al genio en la medida de sus fuerzas.

Hablar de un Tolstoi del Plata o de un Balzac de los Andes, me parece completamente impropio, porque con ser muy ruso el uno y muy francés el otro, ambos son universales, y, que yo sepa, esta categoría no se ha dado hasta hoy entre nosotros. El mismo Alone piensa que "Blest Gana no alcanzó ciertamente a rebalsar el territorio patrio". Exagerando sus méritos de novelista no hace más que incorporarlo a una especie de panteón nacional chileno. "Al fin, uno pertenece a un país de historiadores", sonríe irónico, excusándose.

* * *

A *Don Alberto Blest Gana* sigue un librito dedicado a Gabriela Mistral con motivo del Premio Nobel. Lo forman seis o siete crónicas escritas en el curso de veinte años. La primera, data de 1925 y es la más completa. Encabeza ya una insuficiente Antología ordenada por la misma poetisa.

El comentarista fija el derrotero de la humilde maestra elquina desde su valle nativo hasta el Estocolmo académico, y, en cada etapa la defiende del desborde (no siempre a favor) que suscita en algunas mentalidades. "Hebrea de corazón, tal vez de raza —insinúa, dejando el problema para que lo resuelvan etnólogos e investigadores— el genio bíblico traza su círculo en torno de Gabriela Mistral y la define".

Apoyado en este concepto, alaba, una tras otra, la poesía de *Tala* y *Desolación*. Por último, añade algunas reminiscencias personales y discute a la hermana de Almafeurte su culto a los *Versos sencillos*, de Martí.

El pequeño volumen titulado *Gabriela Mistral*, como el anterior *Portales íntimo*, apenas deja entrever la inmensa obra de Alone acumulado en "El Mercurio". Tres tomos, por lo menos, salen del conjunto, agrupando, metódicamente, autores locales, hispanoamerica-

nos y extranjeros. De seguro, algún día llevaré a cabo este trabajo al margen de su *Historia personal de la literatura chilena*, de tanto revuelo.

El anticomunismo, esa psicosis de nuestro tiempo, que aprovechan algunos periodistas llenos de resentimiento, hace con frecuencia presa del crítico y nubla su juicio hasta volverlo sin humor, seco, parcial y arbitrario. Pero una vez recobrada la serenidad, se torna el hombre agudo y penetrante de siempre al ocuparse de un cómplice del otro extremo:

*¡Qué grato, Alone, hallar en "El Mercurio"
su fina prosa de acerado estilo,
lápida AD HOC para el tribuno espurio!*

Así empezaba yo cierto epístola en verso a raíz de una de sus crónicas sobre oratoria parlamentaria. Ojalá este pobre terceto supla el olvido del polemista de *La tentación de morir*.